



### III

**D**URANTE una semana, en las horas de calma, el hidalgo de la Torre trabajó desahogado y con provecho. Aquella mañana, después de repicar la campana en el corredor, Benito empujó dos veces la puerta de la biblioteca, avisando al señor doctor «de que el almuerzo, esperando de ese modo, se echaba á perder». Gonzalo murmuraba «ya voy» sin abandonar la pluma, que corría por las cuartillas como quilla leve por agua mansa, en la empresa amorosa de terminar antes del almuerzo su capítulo primero.

Durante esos días sintió el cansancio de aquel largo capítulo, tan difícil como levantar de nuevo el inmenso castillo de Santa Ireneia. Felizmente, salió ya el tercio de Lorenzo Ramires fuera del castillo en socorro de Monte-Mayor con un vistoso coruscar de capelos y de lanzas en torno al pendón tendido.

Y ahora, en ese remate de capítulo, era de noche; la campana tañía, y Tructesindo Ramires bajaba á la sala térrea de la Alcazaba para cenar, mientras fuera sonaba una bocina anunciando hijodalgo. Y sin que el villano pidiese permiso á su señor, rugieron las cadenas de la levadiza del castillo. Quien así llegaba era Mendo Paes, amigo de Alfonso II y mayordomo de su curia, casado con la hija más vieja de Tructesindo, doña Teresa, aquella que por el ondeante y albo cuello y por el pisar, más leve que un vuelo, llamaban los Ramires la *Garza Real*. El señor de Santa Ireneia salió al patio para acoger al yerno amado, «membrudo caballero, con los cabellos rubios y la albísima piel de la raza germánica de los visigodos». Y ambos penetraron en esa sala, alumbrada por antorchas, que toscos anillos de hierro, enchufados en los muros, sostenían.

En medio reposaba la maciza mesa de roble, rodeada de escabeles. Por detrás negreaba la honda chimenea apagada. En un ángulo de la chimenea, un halcón dormitaba en su jaula, y al lado, sobre las losas, dos podencos enormes dormían también, con el hocico entre las patas. Troncos de castaño sustentaban en un rincón una pipa de vino. Entre dos ventanales engradados de hierro, un monje, con la faz sumida en el capuz, sentado en un arca, leía, á la claridad del candil que por encima humeaba, un pergamino desenrollado. Así adornó Gonzalo la sala alfon-

sina con afeites sacados del tío Duarte, de Walter Scott y de las narraciones del *Panorama*. Pero, ¡con qué esfuerzo! . . . Después de colocar sobre las rodillas del monje un pergamino impreso en Maguncia por Ulrick Zell, borró toda esa línea tan erudita al recordar, dando un puñetazo en la mesa, que aún no existía la Imprenta en tiempos de su abuelo Tructesindo, y que al monje letrado apenas convenía «un pergamino de amarillenta escritura».

Caminando sobre los ladrillos sonoros desde la chimenea hasta el arco de la puerta, cerrado por una cortina de cuero, Tructesindo, con la blanca barba esparcida sobre los brazos cruzados, escuchaba á Mendo Paes, que, confiando en el pariente y en el amigo, viajaba sin hombres de su merced, ciñendo apenas, por cima del bridón de lana cenicienta, una espada corta y un puñal sarraceno. Acosado y cubierto de polvo, corrió desde Coimbra para suplicar al suegro, que en nombre del rey y de los pleitos jurados, que no guerrease con los de León y con las señoras infantas, exponiendo ante el viejo todos los fundamentos invocados contra ellas por los doctos notarios de la Curia, las resoluciones del Concilio de Toledo, la bula del Apóstol de Roma, Alejandro, y el viejo fuero de los visigodos. Por otra parte, ¿qué injuria había hecho á las señoras infantas su real hermano para llamar á las huestes leonesas á tierra de Portugal? Ninguna:

ni rentas de los castillos y villas de la donación de Don Sancho les negaba el señor Don Alfonso. El rey de Portugal sólo quería que ni un solo palmo de tierra portuguesa, baldío ó murado, estuviese fuera de su señorío real. ¿Miseró y ávido el rey Don Alfonso? ¿No había entregado á la señora doña Sancha 8.000 maravedíes de oro? ¡Y la gratitud de la hermana demostrábase pasando á cuchillo al leonés y derruyendo los castillos de Ulgozo, de Contrasta, de Urros y de Lanhosello! El más viejo de la Casa de los Souzas, Gonzalo Mendes, ¿no anduvo en la jornada de las Navas de parte de las infantas, como moro, talando tierras portuguesas desde Aguiar hasta Miranda?

Las armas cristianas oprimían el reino, mientras los moabitas y los agarenos caminaban á rienda suelta por los campos del Sur. Ahora bien; el honrado señor de Santa Ireneia, que tan vigorosamente ayudó á establecer el reino, no podía deshacerlo ahora, arrancando de él los pedazos mejores para monjes y para señoras rebeldes. Así, con mesurados pasos, iba avanzando Mendo Paes, tan acalorado por el esfuerzo y la emoción, que llenó dos veces de vino un cuenco de madera, bebiéndolo de un trago. Después, limpiando la boca con el revés de la mano, trémula:

— Id á Monte-Mayor, señor Tructesindo Ramires. Mas, en paz y buena avenencia, persuadid á vuestra señora doña Sancha y á las seño-

ras infantas que vuelvan honradamente á quien hoy cuentan por su padre y su rey.

El enorme señor de Santa Ireneia paróse, posando en el yerno los ojos duros, bajo la arruga de las pestañas hirsutas y blancas como zarzas en mañana de helada.

— Iré á Monte-Mayor, Mendo Paes, pero á verter mi sangre y la de los míos para que justicia logre quien justicia tiene.

Entonces Mendo Paes, amargado ante la heroica resolución:

— ¡Mayor dolor, mayor dolor! Verteráse sangre de ricos-hombres por malas causas. Señor Tructesindo Ramires, sabed que en Canta Piedra os espera Lope de Baiao, el *Bastardo*, para cortaros el paso con cien lanzas. . .

Tructesindo levantó su vasta faz, con una risa tan soberbia y clara, que los podencos gruñeron torvamente, y el halcón, despertando, estiró el ala lenta.

— Buena nueva. Y decid, señor mayordomo mayor de la Curia, ¿venís aquí para intimidarme?

— ¿Para intimidaros? Ni el señor Arcángel San Miguel os intimidaría descendiendo del cielo con toda su hueste y su espada luminosa. De sobra lo sé, Sr. Tructesindo Ramires. Pero casé en vuestra casa, y ya que en esta lid no seréis por mí bien ayudado, quiero al menos que estéis bien avisado.

El viejo Tructesindo batió las palmas para llamar á los sirvientes.

— Bien, bien; á cenar. A cenar, fray Munio; y vos, Mendo Paes, dejad recelos.

Y mientras el monje enrollaba su pergamino y se acercaba á la mesa, Mendo Paes añadió con tristeza, quitándose el cinturón de la espada:

— Sólo un cuidado me pesa, y es que en esta jornada, señor mi suegro, vais á quedar mal con el reino y con el rey.

— Hijo y amigo, quedaré á mal con el reino y con el rey, pero á bien con la honra y conmigo.

Este grito de fidelidad tan altivo no resonaba en el poema del tío Duarte, y cuando Gonzalo lo halló restregóse las manos, exclamando exaltado:

— ¡Caramba! ¡Aquí hay talento!

Remató el capítulo. Estaba en la mesa de trabajo desde las nueve, reviviendo intensamente y en ayunas las energías magníficas de sus fuertes abuelos. Numeró las cuartillas, cerró en un cajón con llave el volumen del *Bardo*. Después, á la ventana, con el cuello desabrochado, dijo en un grave y ronco tono lo de «. . . á mal con el reino y con el rey, mas á bien con la honra y conmigo». Y sentía en sí realmente toda el alma de un Ramires como eran en el siglo XII, de sublime lealtad, más sujetos á su palabra que un santo á sus votos, y arriesgando, para mantenerla, bienes, felicidad y vida.

Benito, que repicara de nuevo desesperadamente, apareció á la puerta de la librería:

— Abajo en el patio está Pereira, que quiere hablar con el señor doctor.

Gonzalo Mendes hizo un gesto de desagrado al verse arrojado de aquella manera desde las alturas donde convivía con los nobles espíritus de su raza.

— ¡Qué pesadez! . . . Pereira. ¿Cuál Pereira?

— El Pereira, el Manuel Pereira de Riosa, el Pereira brasileño.

Era un labrador, con casal en Riosa, llamado el *Brasileño* por haber heredado veinte mil pesos de un tío, comerciante en Pará. Compró entonces tierras, tenía arrendada la *Cortiga*, propiedad de los condes de Monte-Agra, usaba los domingos un terno de paño fino, y disponía de sesenta votos en la feligresía.

— ¡Ah! Dile á Pereira que suba, que conversaremos mientras yo almuerzo. . . Y pon otro cubierto.

El comedor de la Torre, que daba á una amplia solana enlosada, conservaba del tiempo del abuelo Damián (el traductor de Valerio Flaco) dos hermosos tapices representando la *Expedición de los Argonautas*. Lozas de la India y del Japón, desporejadas y preciosas, rellenaban un inmenso armario de nogal, y sobre el mármol de los aparadores brillaban los restos, todavía ricos, de las platas famosas de los Ramires, que Benito

constantemente limpiaba. Pero Gonzalo, sobre todo en el verano, siempre almorzaba y comía en la solana luminosa y fresca, con zócalo de finos azulejos del siglo XVIII, y en una esquina, para las delicias del cigarro, tenía un profundo canapé de paja con almohadas de damasco.

Cuando entró con los periódicos de la mañana, que aun no había leído, Pereira esperaba, apoyado en un grueso guardasol de paño rojo, contemplando pensativamente la quinta, que desde allí se dominaba hasta los álamos de la ribera del Coice y hasta los suaves oteros de Valverde. Era un viejo todo huesos, moreno, de ojos menudos y azuleados y con una barbucha rala, ya blanca. Acostumbrado á la ciudad y al trato con las autoridades, extendió la mano al hidalgo de la Torre y aceptó sin embarazo la butaca que éste le empujara hacia la mesa, donde dominaban dos altos jarros de cristal antiguo, uno lleno de azucenas y otro de vino verde.

— Entonces, ¿qué buen viento lo trae por la Torre, Pereira amigo? No lo veo desde Abril.

— Es verdad, mi señor; desde el sábado en que cayó la gran tronada, en la víspera de la elección — confirmó Pereira, agarrando el puño del quitasol, que conservaba entre las rodillas.

Gonzalo, con prisa por el almuerzo, repicó la campanilla de plata.

— Y sus votos, Pereira amigo, según costum-

bre, fueron para el eterno Sanches Lucena derechos, como los ríos van á la mar.

Pereira tuvo una sonrisa que le descubría los dientes cariados.

El distrito era una propiedad del Sr. Sanches Lucena, caballero de fortuna, hombre de bien, conocedor, servicial, y que cuando tenía, como en Abril, el apoyo del Gobierno, ni nuestro Señor Jesucristo que volviese á la tierra y se propusiese salir por Villa Clara, lo desalojaba.

Benito entró con un plato de huevos estrellados mientras el hidalgo desdoblaba la servilleta:

— Esta servilleta ya sirvió. Estoy harto de decirlo. No me importa servilleta rota, ó con repasos, ó con remiendos; pero fresca, blanca, oliendo á la alacena.

Y reparando en Pereira, que discretamente retiraba la butaca:

— Pero qué, ¿no almuerza usted, Pereira?

No; agradecía mucho al hidalgo, pero en esa tarde comía con el yerno en los Bravaes, que festejaba los años del nietecillo.

— ¡Bravo! Enhorabuena, Pereira amigo. Dele un beso de mi parte. . . Pero al menos una copa de vino verde.

— Entre comidas, ni agua ni vino.

Gonzalo remató los huevos, y llenando de manteca una rebanada de pan:

— Pues francamente, Pereira, ese su Sanches Lucena no le da honra ninguna al distrito. Hombre excelente, respetable, obsequioso. . .; pero mudo, Pereira, enteramente mudo.

El labrador pasó lentamente por las narices cabelludas el pañuelo encarnado, enrollado en forma de bola.

— Sabe las cosas, piensa con acierto. . .

— Sí; pero pensamiento y acierto no le salen de dentro del cráneo. Después, está muy viejo, Pereira. ¿Qué edad tendrá? ¿Sesenta?

— Sesenta y cinco. Pero de gente muy dura. El abuelo duró hasta los cien años. Yo todavía lo conocí en la tienda. . .

— ¿Cómo en la tienda?

Entonces Pereira, enrollando más el pañuelo, extrañóse de que el hidalgo no supiese la historia de Sanches Lucena, ni la del abuelo Manuel Sanches, que era un lencero de Oporto, en la calle de las Huertas, y casado con una moza muy hermosa, muy entrometida.

— Bien — atajó el hidalgo —. Eso es honroso para el Sr. Sanches Lucena. Estoy de acuerdo, Pereira, en que el distrito debe mandar á Lisboa un hombre como Sanches Lucena, que tenga en él tierra, raíces, intereses, nombre; pero es preciso que sea también hombre con talento, con arrojo. Un diputado que en las grandes

cuestiones, en las crisis, se levante y transporte á la Cámara. Porque, Pereira amigo, en la política, quien más grita es quien más consigue. Mire la carretera de la Riosa. Todavía en papel con lápiz encarnado, y si Sanches Lucena fuese hombre que vociferara en San Benito, ya traía usted por ella sus carros de hierba. . .

Pereira bajó la cabeza con melancolía.

— Ahí tal vez el hidalgo acierte. Para esa carretera de la Riosa siempre faltó gente que hablase. Ahí tal vez el hidalgo acierte.

Mas el hidalgo enmudeció, embriagado en la olorosa sopa que dentro de un cacerola nueva humeaba; y entonces Pereira, acercando más la butaca, cruzó en el borde de la mesa las manos, que medio siglo de trabajo en la tierra tornara negras y duras como raíces, y declaró que se atrevía á incomodar al hidalgo en aquellas horas del almuerzo porque en esta semana comenzaba un corte de maderas hacia la parte de Sandim y deseaba, antes que surgiesen otras dificultades, conversar sobre el arrendamiento de la Torre.

Gonzalo quedó con la cuchara en el aire.

— ¿Usted quería arrendar la Torre, Pereira?

— Quería conversar con vucencia. Como el Rello está despedido. . .

— Pero yo ya traté con Casco, con José Cas-

co, el de los Bravaes. Quedamos medio apalabrados ha días. Hace más de una semana.

Pereira se rascó la barba rala. Pues era lástima, gran lástima. Él no se había enterado hasta el sábado de la desavenencia con Rello. Si el hidalgo no reservaba el secreto, ¿por cuánto la había arrendado?

— No reservo, hombre. Diez y ocho mil reales.

Pereira sacó del bolsillo del chaleco una caja de concha y sorbió detenidamente el rapé con la cara fija en el suelo. Pues mayor lástima, hasta para el hidalgo. En fin, después de palabra trocada. . . Pero era lástima, porque él gustaba de la propiedad; ya por San Juan pensaba en abordar al hidalgo, y á pesar de que los tiempos corrían escasos, no andarían lejos de ofrecer por ella mil doscientos duros.

Gonzalo olvidó la sopa, emocionado ante un tal acrecentamiento de renta y la excelencia de tal rentero, hombre con plata en el Banco y el arrendatario de tierras más inteligente de todas las cercanías.

— ¿Eso es en serio, Pereira?

El viejo labrador posó la caja de rapé sobre el mantel con decisión.

— Yo no soy hombre que entre en la Torre para jugar con vuestra excelencia. Propuesta

aceptada, escritura hecha. Pero si el arrendamiento está tratado. . .

Recogió la caja, y apoyó la mano en la mesa para levantarse, cuando Gonzalo comenzó una larga explicación.

— Escuche, hombre. Yo no le conté al detalle el caso de Casco. Usted comprende y sabe cómo pasan esas cosas. Casco vino; conversamos; yo le pedí diez y ocho mil reales y puerco por Navidad. Primeramente dijo que sí; luego, más adelante, enmendó que no. . . Volvió con el compadre, después con la mujer, y con el compadre, y el ahijado, y el perro. Después solo. Anduvo ahí por la quinta, midiendo y oliendo la tierra; creo que hasta la probó. ¡Cosas de Casco! Por fin, una tarde aceptó gimiendo los diez y ocho mil reales sin puerco. Cedió lo del puerco. Apreton de manos y copa de vino. Quedó de presentarse para combinar y tratar de la escritura. No lo ví más, y de esto hace ya dos semanas. Naturalmente, ya cambió, ya se arrepintió. Resumiendo: no tengo con Casco contrato firme. Fué una conversación en que establecimos como base esa renta; y yo, que detesto cosas vagas, ya andaba pensando en encontrar mejor hombre.

Pereira rascaba la barba desconfiado. Él en negocios gustaba de lisura. Siempre se había en-

tendido bien con Casco. Ni por un condado se atravesaría en los negocios de Casco, hombre de carácter violento. De modo que deseaba las cosas claras para evitar disgustos. No se había hecho escritura; pero, ¿hubo ó no palabra dada entre el hidalgo y Casco?

Gonzalo Mendes Ramires, que había acabado apresuradamente la sopa y llenaba una copa de vino verde para calmarse, miró al labrador casi severamente.

— ¡Hombre, esa pregunta. . . ! Si yo hubiese confirmado á Casco decisivamente la palabra de Gonzalo Mendes Ramires, ¿iba á estar tratando, ni siquiera conversando, con usted, Pereira, sobre el arrendamiento de la Torre?

Pereira bajó la cabeza. También era verdad. Pues en ese caso, él mostraba su intención claramente. Y como conocía la propiedad, ofrecía al hidalgo mil doscientos duros sin puerco. Pero no daba para la familia ni leche ni fruta. El hidalgo, hombre solo, se aprovechaba poco. A la Torre, sin embargo, casa antigua, sobrabanle criados. Todos abusaban. En fin, ese era su principio. Y, por otra parte, para la mesa del hidalgo y para los criados, bastaban el pomar y la huerta de regalo. Huerta y pomar necesitaban trato más delicado; pero él, por amor al hidalgo y por gusto suyo, también los trabajaría y todo iría

bien. En cuanto á las otras condiciones, aceptaba las del antiguo arrendamiento. Y la escritura, firmada para el sábado de la semana siguiente. . . ¿Estaba hecho?

Gonzalo extendió la mano abierta á Pereira.

— Ahora sí. Ahora queda dada la palabra.

— Y que nuestro Señor le ponga virtud — concluyó Pereira, apoyándose en el inmenso quitasol para levantarse —. Entonces, el sábado en Oliveira para la escritura. ¿Firma vuestra excelencia ó el señor Padre Sueiro?

El hidalgo calculaba.

— No, hombre, no puede ser. El sábado, con efecto, estoy en Oliveira; pero son los años de la hermana, de María de la Gracia. . .

Pereira enseñó de nuevo los dientes podridos en una sonrisa de estimación.

— ¡Ah!, ¿y cómo va la señora doña María de la Gracia? Hace ya tiempo que no la veo. Desde el año pasado, en la procesión de los pasos en Oliveira. ¡Muy buena señora! ¿Y el señor don José Barrolo? ¡Persona excelente también el señor don José Barrolo! ¡Y qué tierra la suya, la *Ribeiriña*! La mejor propiedad de estas veinte leguas á la redonda. ¡Linda propiedad! La *Biscaia*, de Andrés Cavalleiro, que está pegada, no tiene comparación; es como un cardo al pie de un rosal.

El hidalgo de la Torre descascaba una nuez, sonriendo.

— Andrés Cavalleiro nada presta, Pereira. Ni tierra ni alma.

El labrador pareció sorprendido. Él imaginaba que el hidalgo y Cavalleiro continuaban allegados y amigos. . . No en política; pero particularmente, como caballeros.

— ¿El qué? ¿Yo y Cavalleiro? Ni como caballero ni como político. Que él no es caballero ni político. Es caballo, y resabiado.

Pereira quedó silencioso, con los ojos en el mantel.

— Entonces está entendido; el sábado en la ciudad. Y si no le causa trastorno al hidalgo, pasamos por casa del notario Guedes, y queda todo terminado. El hidalgo, naturalmente, irá á casa de la señora hermana. . .

— Siempre. Vaya por allí á las tres y conversaremos con el Padre Sueiro.

— Hace años que no encuentro al Padre Sueiro.

— Ahora viene por la Torre muy de tarde en tarde. Está en Oliveira con la hermana Gracia, que es á la que más quiere. Entonces ¿ni una copa de vino de Oporto, Pereira? . . . Bien, hasta el sábado. No olvide el beso para el nieto.

— Aquí va en el corazón. ¿Ahora eso? ¿Pues



iba á consentir en que vuestra excelencia se levantase? Sé perfectamente la escalera, y paso por la cocina para charlar con la tía Rosa. Ya, desde el tiempo del padre de vuestra excelencia, que santa gloria haya, conozco bien la Torre, y siempre tuve esperanza de hacer en esta quinta una labor de mi gusto.

Durante el café, olvidado de los periódicos, Gonzalo gozó la excelencia de aquel negocio. Doscientos cincuenta duros más de renta. Y la Torre, tratada por Pereira con aquel amor á la tierra y aquel saber de labranza que transformara el lodazal de Monte-Agra en una maravilla de viña y huerta. . . Además de eso, hombre capaz de un adelanto. He ahí una evidencia más del valor de la Torre, ese empeño de Pereira en arrendarla, tan agarrado, tan seguro. . . Casi se arrepentía de no haberle arrancado mil doscientos cincuenta pesos. En fin, la mañana había sido fecunda, y realmente, ningún acuerdo firmado le ligaba á Casco. Entre ellos apenas se esbozó una conversación sobre la posibilidad de un arrendamiento de la Torre. ¡Y qué insensatez si él, por escrupuloso respeto de esa conversación iniciada, rechazase á Pereira y retuviese á Casco, labrador rutinario de los que rascan la tierra para comer y la dejan cada año más cansada y chupada! . . .

— Benito, trae cigarros; y á Joaquín que tenga la yegua preparada de cinco á cinco y media. Voy á la *Feitosa*.

Encendió un cigarro, volvió á la biblioteca. É inmediatamente releyó el final magnífico: «A mal con el reino y con el rey, pero á bien con la honra y conmigo.» ¡Ah! ¡Cómo vibraba allí el alma entera del viejo portugués, en su amor religioso por la palabra empeñada! Y con la cuartilla entre los dedos, contempló un momento la Torre, las polvorientas almenas, engradadas de hierro, resistentes, aún intactas, donde ahora se arrullaban una bandada de palomas. . . ¡Cuántas mañanas, en las frescas horas del alba, el viejo Tructesindo se apoyaría en aquellas almenas, entonces nuevas y blancas! Toda la tierra en derredor, sembrada ó inculta, pertenecía de fijo al poderoso rico-hombre; y Pereira, en ese tiempo colono ó siervo, sólo abordaría á su señor de rodillas y temblando. Pero no le pagaba mil doscientos pesos en sonora moneda del reino. ¡Qué diablo!, el viejo Tructesindo tampoco lo necesitaba. . . Cuando los sacos iban haciéndose raros en las arcas y los jornaleros rezongaban por la tardanza del dinero, el leal rico-hombre, para proveerse, asaltaba los concejos mal defendidos, ó en una vuelta de la carretera al recaudador ó al arriero genovés con los machos cargados de mercaderías.

Por bajo de la Torre (como le contara su papá) aún negreaba la mazmorra feudal, con restos de cadenas enrolladas á los pilares, y en la bóveda una argolla, de donde colgaba la polea, y en el empedrado los agujeros en que se enclavaba el potro. Y en esa sorda y húmeda cueva, recaudador, arrieros, clérigos, aullaban bajo el azote hasta soltar el último maravedí. ¡Ah, la romántica Torre, cantada tan suavemente á la luna por Videiriña, cuántos tormentos ocultaba! . . .

Y de repente, Gonzalo agarró de sobre la mesa un volumen Walter Scott, que tiró sin piedad, como una piedra, contra el tronco de un haya, deslomando al gato de Rosa la cocinera, que trepaba arqueando la espina dorsal, para asaltar un nido de mirlos.

Cuando, en esa tarde, el hidalgo de la Torre, con su traje nuevo de montar y sus polainas de cuero pulido y sus guantes de gamuza blanca, paró la yegua en la *Feitosa*, un viejo, desgrefiado, de largos cabellos caídos por los hombros é inmensas barbas derramadas por el pecho, irguióse inmediatamente del banco de piedra donde comía un pedazo de pan y medio chorizo, para avisarle que el señor Sanches Lucena y la señora doña Ana andaban por fuera, en coche. Gonzalo pidió al viejo que tirase de la campani-

lla, y entregando una tarjeta al mozo que entreabrió la rica verja dorada, con una *S* y una *L* entrelazadas bajo una corona de conde, dijo:

— El señor Sanches Lucena, ¿bien?

— El señor Consejero, ahora un poco mejor.

— Qué, ¿estuvo enfermo?

— Hace unas tres ó cuatro semanas que el señor Consejero anduvo muy fastidiado. . .

— Lo siento mucho. . . Diga al señor Consejero que lo siento muchísimo. . .

Llamó al viejo que repicó la campanilla para recompensarlo con un real. É interesado por aquellas barbas y melenas de mendigo de melodrama:

— ¿Usted pide limosna por estos sitios?

El hombre levantó hacia él los ojos sucios, encarnizados de la polvareda y del sol, pero risueños, casi contentos:

— También me llego por la Torre. Y, gracias á Dios, hácenme allí mucho bien.

— Entonces, cuando vuelva, diga á Benito. . . ¿Usted lo conoce? . . .

Sí lo conocía. Y á la señora Rosa. . .

— Pues diga á Benito que le dé unos pantalones, hombre. Con esos pantalones, no anda decente.

El viejo rió con una risa lenta y desdentada, mirando los sórdidos harapos que le colgaban de